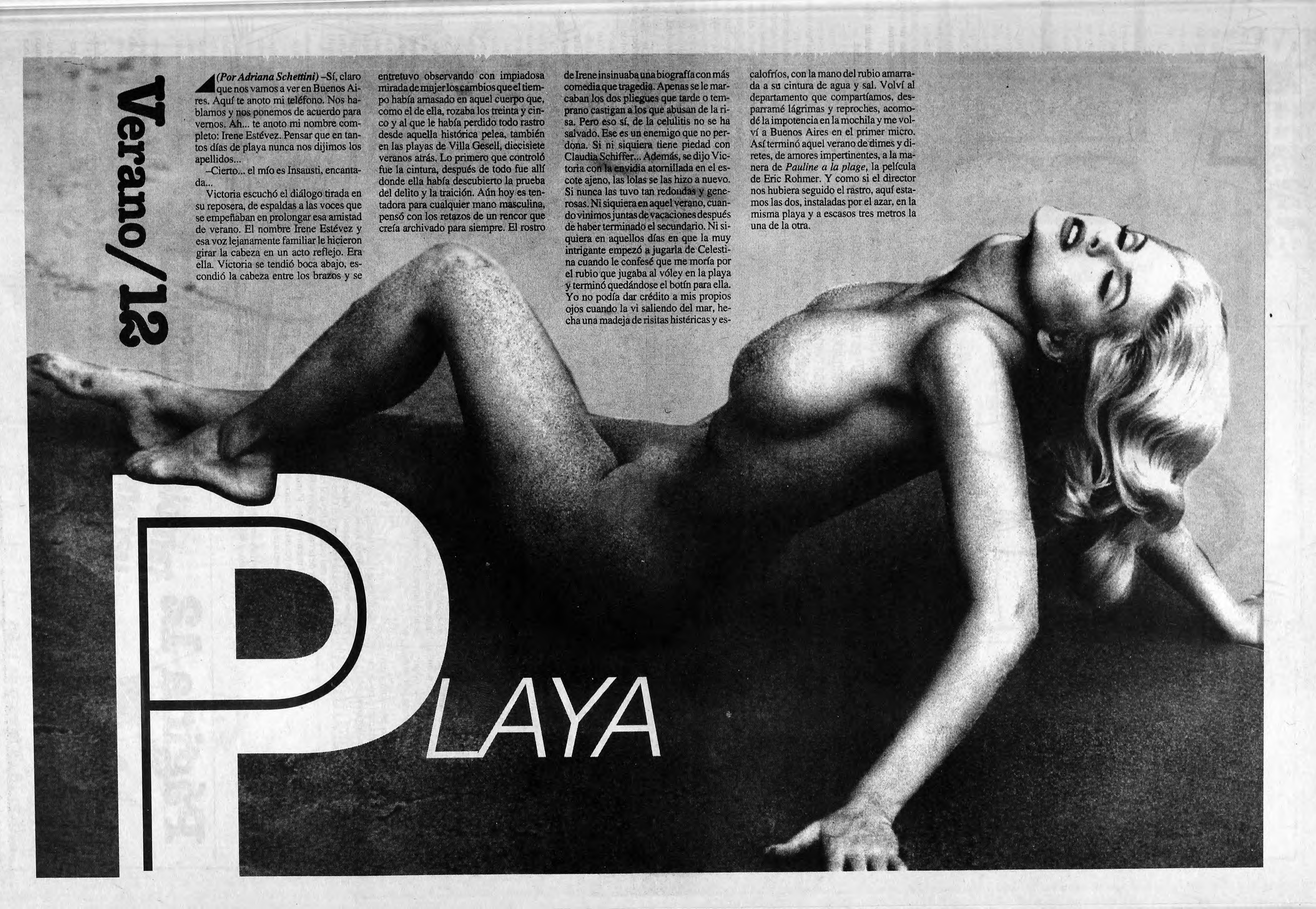
Verano/12

PLAYA



(Por Adriana Schettini) –Sí, claro que nos vamos a ver en Buenos Aires. Aquí te anoto mi teléfono. Nos hablamos y nos ponemos de acuerdo para vernos. Ah... te anoto mi nombre completo: Irene Estévez. Pensar que en tantos días de playa nunca nos dijimos los apellidos...

–Cierto... el mío es Insausti, encantada...

Victoria escuchó el diálogo tirada en su reposera, de espaldas a las voces que se empeñaban en prolongar esa amistad de verano. El nombre Irene Estévez y esa voz lejanamente familiar le hicieron girar la cabeza en un acto reflejo. Era ella. Victoria se tendió boca abajo, escondió la cabeza entre los brazos y se entretuvo observando con impiadosa mirada de mujer los cambios que el tiempo había amasado en aquel cuerpo que, como el de ella, rozaba los treinta y cinco y al que le había perdido todo rastro desde aquella histórica pelea, también en las playas de Villa Gesell, diecisiete veranos atrás. Lo primero que controló fue la cintura, después de todo fue allí donde ella había descubierto la prueba del delito y la traición. Aún hoy es tentadora para cualquier mano masculina, pensó con los retazos de un rencor que creía archivado para siempre. El rostro de Irene insinuaba una biografía con más comedia que tragedia. Apenas se le marcaban los dos pliegues que tarde o temprano castigan a los que abusan de la risa. Pero eso sí, de la celulitis no se ha salvado. Ese es un enemigo que no perdona. Si ni siquiera tiene piedad con Claudia Schiffer... Además, se dijo Victoria con la envidia atornillada en el escote ajeno, las lolas se las hizo a nuevo. Si nunca las tuvo tan redondas y generosas. Ni siquiera en aquel verano, cuando vinimos juntas de vacaciones después de haber terminado el secundario. Ni siquiera en aquellos días en que la muy intrigante empezó a jugarla de Celestina cuando le confesé que me moría por el rubio que jugaba al vóley en la playa y terminó quedándose el botín para ella. Yo no podía dar crédito a mis propios ojos cuando la vi saliendo del mar, hecha una madeja de risitas histéricas y escalofríos, con la mano del rubio amarrada a su cintura de agua y sal. Volví al departamento que compartíamos, desparramé lágrimas y reproches, acomodé la impotencia en la mochila y me volví a Buenos Aires en el primer micro. Así terminó aquel verano de dimes y diretes, de amores impertinentes, a la manera de *Pauline a la plage*, la película de Eric Rohmer. Y como si el director nos hubiera seguido el rastro, aquí estamos las dos, instaladas por el azar, en la misma playa y a escasos tres metros la una de la otra.

ABRE

Librero, músico y autor de un libro de poemas inédito *–De profundis cheno–*, Daniel Schiavi (1957) es también dedicado perseguidor de una fauna tan privada como inconfundible. Las breves ficciones que siguen –en su aparente calma de fotografías movidas, o retratos escritos, o abigarrado paisaje a la Hyeronimus Bosch– esconden el terror y la alegría de que estos personajes sean personas; de que existan en algún lugar mucho más cercano de lo que uno supone.

El escribía para fumar. Para fumar necesitaba un fuego que no estaba en su mesa sino en la cocina, por lo que incesantemente viajaba de un lado a otro. No escribía para tomar mate, pero el mate humedecía el paso del humo a sus pulmones, así que se ocupaba también de prepararlo y mantenerlo. En los trechos cortos entre la mesa y las hornallas encontraba algún alimento y se preguntaba por su apetito, y más allá, la ventana, le daba información cambiante sobre plantas y circulación nubosa. Cuando lograba estacionarse frente a la hoja en blanco, recordaba un sueño de esa misma mañana, donde su mujer se removía con un gordo en un sillón –y quizás algún morocho– y la angustia lo acalambraba. Tomaba un libro de historia y se consolaba con los sufrimientos de las guerras.

Escribía: "Al despertar, Figueroa se encontró con un bochín entre sus nalgas".

Luego se levantaba, y recomenzaba todo de nuevo.



Tenía ojos excavadores y una sola célula en el cerebro.

Se llamaba La Goles.

Para escapar al vacío y al tedio de vivir, se inició en el bodibildin y sacó tubos de campeonato. En una exhibición a beneficio se enamoró de un bombero anémico al que trituró en su primera noche. Reanimado con ventilación y cachetadas, el bombero se fugó.

La Goles cayó en la cama y abandonó su cuerpo. Cultivó su única célula en largas noches de vigilia con preguntas inauditas y respuestas inquietantes. Se distrajo con horóscopos y cruzadas, y atacó la primera lectura de su vida.

Recuperada al fin, algo fláccida, pero con dos células, La Goles salió a caminar.

Agustín era un macaco de pocos huevos que pulía bustos de bronce. Llamaba a su perra "Faraona", y se la hacía mamar por ella, empolvada en jinseng.

Un día vinieron a buscarlo y lo trompearon en el retrete, lo mearon, y carnearon a su perra. Agustín ya no volvería a ser el mismo.

Se hizo más estúpido, más blando, más pringoso que nunca.

Cocinaba en la construcción y lo culeaban en la parrilla entre eructos y bostezos. Probaban puntería con él con trozos de ladrillo y abrían las bolsas de porlan con sus dientes.

Agustín enflaqueció y tornó al violeta. Para salvarse decidió hacerse indoloro como el Buda, pero estuvo a punto de morir. Cada día lo empeoraban, machacado sin cesar en su insolente nadería, mutando de llaga a costra, de costra a callo, y de callo a fósil.

Quiso adoptar otro animal, pero ya era tarde para su pétreo corazón.

Cambiaba dólares. Tenía una muchacha negra en su casa que le decía: ahora sí, ahora no, mientras frotaba su pene con una hoja de gomero. Se llamaba Hércules Peirano, sin amigos conocidos.

Atesoraba locomotoras en miniatura y dos tercios de su casa era barrida por pistas de carril, estaciones y convoyes de carga.

Por la noche practicaba el tatuaje con su negra y por la mañana desayunaba en su espalda rotulada.

Ducho con las monedas, inventó con una alquimia casera, un billete tornadizo que cambiaba de valor según el humor de su amo.

Hércules Peirano no era feliz, así que sus billetes no lo enriquecieron.

Era una nadadora potente pero comía carroña congelada.

En su época de mayor vulnerabilidad, cayó en cama por un mes y comprendió que nadie la quería.

Enfebrecida y sola, hacía el amor con su perro y practicaba inmersión en la bañera. Decidió probar sus pulmones al máximo y dejó de respirar. Despertó en la cocina frente a unas verduras refulgentes y todo su alrededor crepitaba en un lento deshielo. No se vio en el espejo, y encontró la piel de su perro en el sillón con una carta entre los dientes. La carta decía: Azul.

Comió, por primera vez bien, y atravesando la ventana, nadó en dirección al cielo.

Tenía el cuerpo blando, llevaba concha y gomas desprolijas, se llamaba Lucero.

Era palpadora de ganglios en el matadero y gustaba de salivar los lomos de exportación. De patinar en el suelo helado del frigorífico, esquivando reses con pericia, incubó sueños con lentitud de témpano.

Se casó con Gómez, a quién dominó y obligó cada noche a esparcir cubitos en su pecho, travestido de esquiador finlandés.

Cansada, se alistó en el ejército como patinadora antártica.

Luego de un año de estadía en la base, y siendo rechazada por los hombres, a quienes asustaba, se internó sola y despechada en el continente blanco, al encuentro de la aurora boreal.

Se llamaba Juana Echagüe y en la cara tenía crema de belleza. Atrás, la miraba con fijeza un hombre de cemento. Juana era escultora, y esa noche conocería al Cero Negro.

Un vino en mal estado la llevó al baño a vomitar, y al tirar de la cadena cayó sobre su nuca el tanque de mármol viejo. Plantada en el inodoro y regada por un chorro incesante, Juana creció en la muerte y aprendió el arte de descomponerse.

Visitada por un ladronzuelo necrófilo que la sembró con semen, y más tarde, por unos perros hambrientos, fue rescatada por la familia, y reconstruida a partir de un muslo, recuperó el alma en la cima de un zigurat cuando recibió un rayo.

Ahora Juana esculpe en un pueblo de frontera, y es medium de la comunidad.

Era el más querido, pero en el centro de su mente tenía un mar helado.

Alumbró en una cueva una idea desesperada: metería la pija en el hormiguero. Apagó el fuego con el último orín y despejándose la frente salió al descampado. La noche bella, el bosque como un cuenco punteado de luciérnagas.

Llegó hasta el montículo, se recostó junto a él, y escarbó un orificio en la torta muda. La pija, prevenida, se le escurría recogida a su mínima expresión. La colocó con fuerza, desmoronando alguna tierra, que en finísimos gránulos penetró por su bragueta, rellenándola.

Así, esperó.

Un vago sueño de carne egipcia –algo de una película– le inflamó el miembro, y aban-





Por Daniel Schiavi

[...]mados de amor

[...]nado al inminente sacrificio, eyaculó.
[...]Vio un cascarudo, más tarde llegó una brisa [co]n un lejano silbato.
[...]Nada ocurría. Impaciente, descabezó el mon[t]ulo y se asomó a un barrito de leche y tierra. [El] hormiguero estaba muerto.
[...]Se levantó y oyó voces. Venían a buscarlo.

[...]Era marino. Cuando al fin zarpaba, tenía [mi]edo de sí. Sentía una marea interior que cre[cí]a e inundaba uno a uno sus compartimentos. [...]en que pasaba tormentas en alta mar, afron[ta]ba tedios infinitos en la calma chicha, mira[ba] el ojo de enormes remolinos y, alguna vez, [...]yendo al mar, luchó contra tiburones. Pero [es]o no lo amedrentaba. Eran peligros del afue[ra], objetivos, formales, de una violenta visibi[lid]ad. Su miedo era privado, cavernoso, lo mi[ra]ba desde dentro, lo hacía sudar espuma, lo [ar]rojaba a los rincones y a las manos de suje[to]s indeseables, lo adelgazaba en cuestión de [ho]ras, y le impedía dormir, y le impedía co[m]er.

El océano se volvía incomprensible, los albatros perdían sentido, el sol, las nubes, los aparejos y el barco todo se llenaban de nada, de una negra insignificancia. Era miedo puro, enorme, como si la pulpa límbica de su cerebro hubiera estallado y un rumor prehistórico del terror le llegara a la conciencia, y era miedo de que este miedo bestial lo disolviera...

Era buena, pero esto no era bueno para vivir.

Comió mierda y así equilibró sus cuentas con el medio.

Salió a pescar hombres con su culito de plata y una moral de ocasión.

Le fue bien.

Pero la descompensó un hombre de dinero y aparato descomunal, que la barrenó en letrinas, parques, antesalas y conciertos, la entregó a los chanchos y peones de estancia, la llenó de trufas, lentejuelas y salmones, y la picó con hongos, sal de frula y limón. Se llamaba Vera Estomba.

Desencajada y macilenta, se dejó caer en un tanque australiano para morir, pero el agua fresca y silenciosa la devolvió purificada. Se perdió en los campos, comiendo yuyos y bebiendo tés de lluvia, envuelta en jirones de ropa interior. Fue encontrada por un niño, piando en lo alto de un árbol y arrojando frutos al pajonal. Recuperada por unos paisanos, Vera Estomba despertó a la ciudad en un hospital blanquecino y pidió un cigarrillo. Recordó un perfume y una baja pasión. Pero se dijo que no era tan baja, y después de todo, ella ya no era tan buena.

Rubino Tapia era un pigmeo chillón que amaba a todas las mujeres.

Tenía lentillas y un marcapaso, y pronto viajaría a Tiflis a operarse de la altura.

Salvado por una herencia de tener que trabajar, y resentido con la especie, tallaba miniaturas en arcilla donde representaba animales apareándose.

Conocía todo el erotismo del mundo no humano, y se especializaba en especies raras cuya amatoria era frenética y sangrienta, o sutil hasta el desmayo.



Cualquier mujer que superara su fealdad y se acercara a sus fantasías, se evaporaría de gozo.

Pero Rubino Tapia era hasta el momento, un intocable.

Confiaba en un rumano alarga-huesos, confiaba en los tintes y las prótesis, confiaba en las ropas y perfumes, pero no confiaba en el psicoanálisis.

Sabía que el cuerpo en el que estaba preso no trataba con palabras. Las pulverizaba.

Rememora ahora un amor de paja y talla una figurilla.

Fuma, y espera un viaje lejos, sin retorno.

Pócima Mercante era dueña de sus actos pero no de sus efectos.

Los alquilaba cuando podía, los pedía prestados, o no los pedía en absoluto.

Tampoco ella era feliz. Pero vista por X, sí lo era.

A ella no le importaban las consecuencias y era propietaria de actos innumerables.

X la envidiaba y la miraba desde abajo.

El se especializaba en consecuencias pero no tenía actos.

No tenía actos porque era pobre.

Pócima era cachonda y picantona, tenía esmeraldas encarnadas y pitillos importados. Dos por tres recibía palos, consecuencia de sus actos. Pero con otros actos se salvaba.

Renzo Paleto era calvo y de labio leporino.

Soñaba con guillotinas y desconfiaba de la razón, sólo porque ésta se alojaba en la cabeza.

Se hizo bañero para estar frente al mar indiferente, en lo alto de una caseta, lejos de la gente. Y si necesitaban de él, él se les brindaba en la confusión de las olas, la espuma y el aturdimiento del ahogo. Luego, veloz, retornaba a su refugio y se encasquetaba una gorra. Así, oteaba a los niños y la mar.

Sus lentas pasiones anidaron en su pecho, y un día de verano, rompió a llorar, como sólo llora un labio leporino.

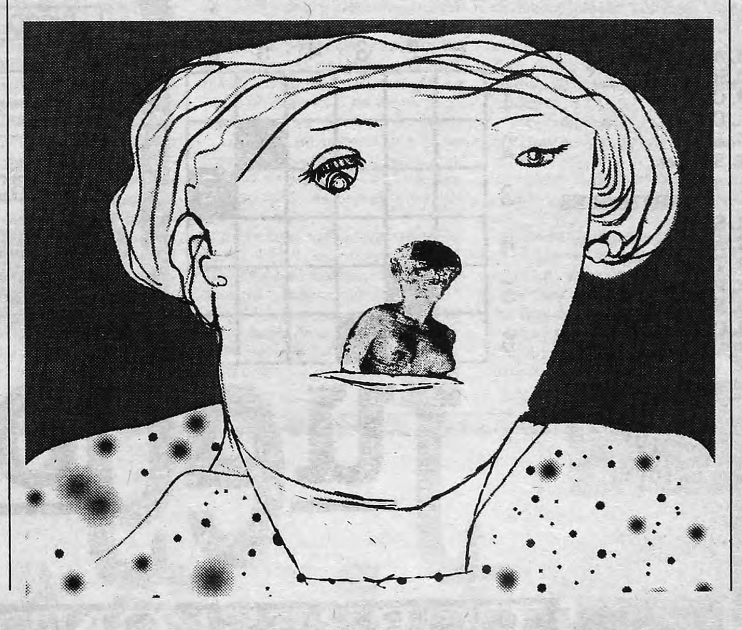
La playa entera entró en silencio. La brisa se detuvo. Y el mar trajo un lejano quejido de tonina enamorada.

El mira el lago. Debería opinar algo, pues para eso está allí, mirando. Se dice: "es bueno estar aquí, junto al lago, qué bello es". Y agrega: "está quieto y plateado, y el cielo se mira en él". Tose. Ha opinado, pero sus palabras chisporrotean sin corazón. Se siente mal. El lago está muy bien, pero no le sirve para nada. Quizá sea su culpa, o la de otros, los que le han vendido el paisaje como un paquete romántico, y con él, todos los paisajes. Ahora está enojado, nervioso, quisiera ver el lago como una amenaza o un gran negocio, quisiera refrescarse en él pero es invierno, quisiera ver las heces flotando de unos niños que no están.

Se dice: "esto no es habitar el mundo", y, "ya no sé qué significa".

Cansado, se tiende en el pasto y una nube lo distrae.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.



Resumen: *El narrador es Pirovano, un ex arquero que usa un guante de guardavalla permanente para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio se comunica con el Buenos Aires subterráneo de donde sale como Catcher, agente de magia. Etchenique lo ayuda, cree que los narcos de "Ibrahim" mataron al Troglodita y a Narvaja. Los Gigantes en la Lona sospechan de él. Ahora se incendia el Mr Bolivia Gym.*



34 LAS LLAMAS

El mozo eligió la novedad, lo insólito de la noticia, y detuvo la cortina a medio metro del piso y del pie veterano:

–Pirovano... Roperito... –nos convocaba Etchenique, disolvía el conflicto que me tenía entre la mesa y la pared muscular de dos por dos.

–Ahí vamos, viejo –dije ilusionado y levanté los brazos.

Larrañaga y el adusto Bedoya separaron por un momento sus pesadas manos de mis hombros y por un momento zafé. Sin embargo, el correntino hizo una pinza con el pulgar y el índice y me sujetó el cuello como si pretendiera meter mi cabeza en un pocillo.

–Soltalo, Itatí –dijo Aguirre con novedosa autoridad. No se va a ir.

No me gustó. Por lo general, en circunstancias así prefiero soltarme solo.

–Gracias –dije sobándome el cuello.

Di un medio giro y le metí un derechazo en cross al correntino con nombre de virgencita, justo entre la boca y la nariz, en el ralo y estúpido bigote del lado izquierdo. Lo desparramé.

Larrañaga me abrazó de atrás, trenzando los brazos bajo mis costillas y levantándome en vilo. La rutina indica que uno que venga de frente debe reventarme los huevos indefensos de un patadón. Pero el rusito se demoró o no estaba convencido o había entrenado poco.

Así que elevé mis piernas y volví con ellas los tacos alevosos contra las canillas de Larrañaga. Aflojó apenas, pero fue lo suficiente; elevé el codo y golpeé hacia atrás. Le di en el cuello, debajo de la oreja, y ahí sí me soltó del todo.

Repetí el cross un poquito ascendente –casi un hook en realidad– y lo puse entre el labio inferior y el mentón. También lo desparramé.

No quise mirar a Roperito. Preferí hacerle un gesto al mozo pero no fue necesario: ya levantaba la persiana como quien iza una apresurada bandera de rendición.

–¿Qué pasó? –dijo Etchenique al entrar.

–Entrenamos acá –dije yo al salir–. Todavía nos falta bastante.

No me contradijeron.

El veterano me explicó al trote cansino que había optado por quedarse a vigilar cuando vio entrar a alguien al gimnasio minutos después de que yo golpeara:

–¿Qué pasó en el bar? –dijo finalmente, se detuvo agitado. –Algo muy raro: alguien les ha hecho creer que yo maté al Troglodita.

–¿Pero saben que está muerto?

–No –dije rápidamente, pero enseguida dudé–: Bah... no sé. Tampoco sé dónde está mi auto, pero me sospecho lo peor.

–¿Por qué?

–Es largo. Vamos, antes de que no quede nada.

Lo tomé del brazo y seguimos andando. De reojo, vi cómo Rudzky empujaba el sillón de Roperito detrás de nosotros.

El Di Tella estaba en la puerta y todavía no se habían juntado vecinos ni curiosos. Tampoco se veían llamas desde el exterior pero había un resplandor intermitente al final del pasillo enturbiado por el humo que se deslizaba por debajo del cristal de la puerta de entrada.

Golpeamos. Nada.

Tomé carrera y me tiré con todo el peso tratando de hacer saltar la cerradura, pero no pude. Le pegué una patada, y no se movió. Tampoco podía hacer ostentación del 38 y disparar al cerrojo, así que opté por subirme al Di Tella, desplazar al jubilado del volante y enderezar contra la puerta.

Se desplomó como una catarata de hielo.

Entramos aplastando vidrios rotos y la silla de Roperito hizo crujir el piso detrás de nosotros.

–Ustedes se quedan ahí –les advertí.

–Es en la secretaría –dijo Aguirre muy seguro.

Seguimos a la carrera, guiados por la densidad del humo.

Era en la secretaría, claro. Una oficina pequeña con puerta y ventana al pasillo donde además de la caja fuerte empotrada estaban todos los papeles. Sin embargo, por si no resultaban suficiente alimento para las olorosas llamas, alguien se había tomado el forzoso trabajo de acarrear entre los archivos y los armarios repletos un par de blandas y combustibles colchonetas provenientes del gimnasio.

Me desentendí del fuego, que en un par de minutos se comería todo, incluidos a nosotros mismos, y entré gateando, semiahogado, a rescatar lo que pudiera, lo que otro había querido destruir.

No llegué muy lejos.

Apenas pude abrir con la zurda enguantada uno de los cajones del escritorio de metal y arrojar hacia afuera todos los papeles que encontré. No daba para más.

–Salgamos por atrás –le dije al veterano, que había recogido los papeles salvados de las llamas–. El que entró tenía previsto escapar por algún lado. Además, el incendio se propaga hacia el frente...

–Está bien... –dijo y tosió.

Etchenique debe haber supuesto que yo tenía prevista la salida porque me siguió lo más rápido que pudo; y no era fácil aceptar que es mejor entrar que salir de una casa en llamas.

Pero tuvimos suerte. Atravesamos a oscuras el amplio gimnasio iluminado intermitentemente por las llamas y salimos a un pequeño patio interior donde estaba el depósito de implementos y un baño de servicio.

El patio tenía una puertita. La puertita estaba abierta y daba a un pasillo estrecho. El pasillo era una salida a la calle lateral.

–Voy a buscar al viejo con el taxi –dijo Etchenique volviéndose.

–Que se quede –dije yo–. Alguien tiene que recibir a los bomberos y a la policía. Y nosotros no tenemos tiempo que perder ni Gigantes que soportar.

Me miró feo. Entonces, camino a Primera Junta, le expliqué todo.

El martes: 35. El informe Lacana.

Juegos

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

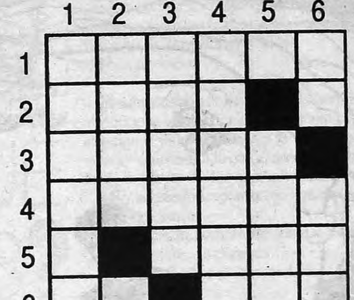
Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES

1. Astuto.
2. Raúl.
3. Canto.
4. Copias.
5. Alta.
6. So./ Los.

VERTICALES

1. Sagaz.
2. Arma.
3. Tilda.
4. Parias.
5. Nota.
6. Co./ Las.



LADINO
URAL■C
CATON■
IMITAS
D■LATA
OS■LOS

ESCALERAS

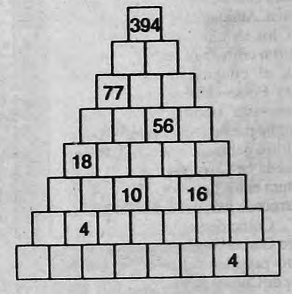
Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

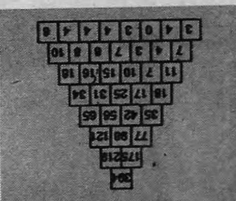


Escaleras
A. Risco, cisco, circo, cirro, corro, morro.
B. Corso, corro, carro, cardo, sardo.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.





CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Divas del cine

1. Rita Hayworth — **A. "Cleopatra"**
2. Marlene Dietrich — **B. "Gilda"**
3. Bette Davis — **C. "La Malvada"**
4. Elizabeth Taylor — **D. "El ángel azul"**

Literatura inglesa

1. H. Fielding — **A. "La importancia de ..."**
2. V. Woolf — **B. "Orlando"**
3. O. Wilde — **C. "Orgullo y Prejuicio"**
4. J. Austen — **D. "Tom Jones"**

Huesos

1. Húmero — **A. Antebrazo**
2. Radio — **B. Muslo**
3. Fémur — **C. Brazo**
4. Tibia — **D. Pierna**

Lagos

1. Winnipeg — **A. Canadá**
2. Cuatro Cantones — **B. Estados Unidos**
3. Garda — **C. Suiza**
4. Michigan — **D. Italia**

Correspondencias
Divas del cine: 1-B, 2-D, 3-C, 4-A. Huesos: 1-C, 2-A, 3-B, 4-D. Literatura inglesa: 1-D, 2-B, 3-A, 4-C. Lagos: 1-A, 2-C, 3-D, 4-B.